

CAPÍTULO 8

La otredad no biolegitimada. Sujetos hostiles en el altar del sacrificio en *Los niños muertos* de Richard Parra

Giuseppe Gatti Riccardi

Universit  degli Studi Guglielmo Marconi – Roma (Italia) /
Universitatea de Vest – Timișoara (Rumanía)
g.gatti@unimarconi.it

1. Escenarios limeños entre la «sociedad constituida» y la anomia urbana

La historia cultural y socioeconómica reciente del amplio y variado espacio humano (y geográfico) que va desde el extremo norte de México hasta Tierra del Fuego ha demostrado cómo a partir de la década de los años cincuenta del siglo pasado una de las dinámicas sociales más relevantes ha sido el traslado progresivo de grandes porcentajes de población de las áreas rurales a los diferentes centros urbanos, siendo las capitales de cada uno de los países involucrados el destino privilegiado de este fenómeno de migración interna¹.

¹ Al otro lado del Atlántico, las dinámicas de crecimiento urbano en las grandes ciudades europeas –procesos particularmente intensos en el último tercio del siglo XIX– se habían caracterizado por una planificación urbanística rigurosa que había permitido un crecimiento urbano controlado: paradigmáticas, en este sentido, pueden considerarse las reformas llevadas a cabo en el París de Napoleón III por el barón de Haussmann a partir de 1853. No debe olvidarse que en lo más hondo de los proyectos del principal planificador urbano de la Francia decimonónica residía siempre una estrategia de prevención que iba más allá de la simple remodelación del trazado urbano parisino. El Barón de Haussmann, en efecto, no solo llevó a cabo «el mayor proyecto de renovación urbana de los tiempos modernos, destruyendo buena parte del tejido urbano medieval y renacentista, construyendo nuevas fachadas uniformes en calles rectas y envolventes por las que discurría un considerable volumen de tr fico rodado y conectando el centro de la ciudad con sus distritos exteriores»

Frente a las prácticas de control del crecimiento del tejido urbano llevadas a cabo en Europa, la pregunta acerca de qué modelo de desarrollo –y de organización social ciudadana– les fue posible adoptar a los responsables de la planificación urbana de las grandes capitales del subcontinente americano una vez alcanzada la Independencia conlleva varios corolarios. No parece suficiente –en el marco hispanoamericano– preguntarse acerca del tipo de «nuevas ciudades» (como *urbes*, espacios físicos habitados) que empezaron a conformarse en el área continental a partir del ocaso del siglo XIX. El centro de atención parece, más bien, tener que desplazarse hacia el tipo de «políticas de la vida» que se han puesto en práctica en esas megalópolis en términos de regulación de la existencia de las colectividades humanas que allí se han instalado. Hacer referencia al concepto de «política de la vida» significa tomar en cuenta los efectos en la dimensión material de la existencia (es decir, en lo propiamente corporal), de las elecciones políticas en cada espacio nacional y urbano. Si es sobre los habitantes de esas *ciudades inconclusas* latinoamericanas y sobre sus cuerpos donde «se leen las desigualdades, se imprimen las violencias, se inscriben las normas de conducta y sin conducta» (Fassin 2018: 17), es necesario tener en cuenta los cambios que acontecen en las viejas estructuras sociales –y, por ende, en las ciudades–, desbordadas por los nuevos contingentes de seres humanos que se incorporan a la vida urbana como efecto tanto del éxodo rural como de la llegada de los inmigrantes extranjeros. La migración interna da lugar en los países hispanoamericanos al surgimiento de metrópolis típicas de las sociedades burguesas,

con los caracteres que habían adquirido sus modelos del mundo industrializado, o acaso con los caracteres que engendraba la imitación, más acentuados por cierto que en el original. [...] El sistema tradicional de las relaciones sociales comenzó a modificarse. Donde había un sitio preestablecido para cada uno, comenzó a aparecer una ola de aspirantes a cada lugar (Romero 2001: 259).

Preguntarse qué tipo de ciudad surge para los cuerpos advenedizos en esas nuevas representaciones sociohistóricas significa razonar acerca de cuáles saberes y qué formas de expresiones de poder se alimentan de la nueva estructura de

(Sennett 2007: 351), sino que en su modelo «la anchura de las calles estaba calculada teniendo en cuenta los temores de Haussmann a la movilidad de una multitud sublevada. La anchura de la calle permitía que dos carros del ejército se desplazaran en paralelo, lo que permitiría que la milicia, en caso necesario, disparara hacia los lados de la calle» (Sennett 2007: 351). Igualmente relevantes fueron otros proyectos de remodelación urbana llevados a cabo en el Viejo Continente, destacando el derribo de las antiguas murallas y la creación de amplias avenidas en ciudades como Viena (en lugar de la muralla fue creado lo que hoy se conoce como el paseo del *Ring*), Budapest (la larga secuencia de los *körút* de la capital húngara repite el esquema del Ring vienes) y, naturalmente, Barcelona (es ocioso recordar aquí el plan urbanístico ideado por Ildefonso Cerdà que dio lugar al surgimiento del amplio sector urbano de matriz marcadamente modernista, el *Eixample*).

las megalópolis del continente, donde el espacio destinado a cada uno se convierte en espacio de competencia y/o conflicto. La comunidad social preexistente a las oleadas de los desplazados por necesidad –la que Bauman define con el término de «comunidad del entendimiento común» (2009: 8)–, empieza a percibir su propia vulnerabilidad y «se sentirá como una fortaleza asediada, continuamente bombardeada por enemigos externos (muchas veces invisibles)» (Bauman 2009: 8). Como consecuencia de lo anterior, aumenta el grado de jerarquización de las capas sociales y la complejidad de las arquitecturas demográficas que surgen en esas ciudades tentaculares y al mismo tiempo excluyentes.

En un marco urbano como el que describe José Luis Romero, el viejo patriado se percata de que la «gran aldea» de los comienzos del siglo XIX ya ha desaparecido y ha terminado por transformarse en un conglomerado urbano heterogéneo en el que se corre el riesgo de perder paulatinamente las posibilidades del control social sobre los ciudadanos. Frente a ese desafío que impone la nueva ciudad mercantilizada y burguesa, caracterizada por nuevas exigencias socioeconómicas y por la presencia de nuevos cuerpos, los urbanistas, los administradores y los arquitectos de finales del siglo XIX intentan acercarse a los modelos europeos para reconfigurar el trazado urbano de las ciudades latinoamericanas, suplantando los patrones tradicionales². Se trata de modelos que no dejan de depender de la necesidad del mantenimiento de una suerte de «economía política de la desigualdad», alcanzada por medio de una rigurosa repartición de la población en las áreas urbanas. La estructura física que se crea remite a un plano urbano en forma de damero –ya característica de la época fundacional– pero esta vez los diferentes colores de las casillas marcan áreas de separación entre clases sociales: manchas en el tejido urbano que identifican los reductos acomodados, separados (o rodeados) de la amenaza de los necesitados. La división espacial –que refleja la fractura socioeconómica vigente en la época– contribuye a reforzar los mecanismos que regulan las relaciones de producción en que los dominados sólo pueden utilizar su cuerpo como fuerza de trabajo, allí donde «las jerarquías de legitimidad sirven para corromper los principios de igualdad (las formas de explotación más duras pueden quedar de manifiesto en relación con las poblaciones que gozan de menor aceptación social)» (Fassin 2018: 78). La aplicación del concepto de jerarquía de legitimidad remite, de hecho, a la construcción de un orden social urbano que consolida la segmentación del espacio y la jerarquización de las corporeidades que los habitan, puesto que es en esos espacios urbanos donde

se hace patente la perspectiva de una subjetividad que estructura la mirada jerárquica que asimila el cuerpo a la mera naturaleza. Así se coloca, por un lado, la razón que investiga e indaga y, por otro,

² Por su cercanía ideológica y práctica al esquema europeo, destacan tanto el desarrollo urbano de Buenos Aires bajo la guía de Torcuato de Alvear (1822–1890), como el de Santiago de Chile, según el modelo propuesto por Benjamín Vicuña Mackenna (1831–1886).

el cuerpo objetivado de tal investigación. Esta razón soberana que se auto-representa como neutral funda un orden colonial en el que la idea de «raza» se constituye en eficaz elemento de dominación, creando *estereotipos identitarios sustancialistas* que obvian que la raza es signo en los cuerpos de una posición histórica determinada y de una asimilación de esos cuerpos a un paisaje marcado geopolíticamente. Esta concepción étnica y racial ha sido decisiva para la remuneración del trabajo, para la aniquilación de la Otredad y para ordenar en clases sociales a los habitantes de América Latina (Montes y Morales 2020: ii).

Las alusiones explícitas en la cita a la «posición histórica determinada» de los cuerpos en la arquitectura social continental y a la raza como «elemento de dominación» transfieren el asunto a la medida en que puede aplicarse a la realidad peruana la idea de asimilación de los cuerpos urbanos a un paisaje marcado geopolíticamente. La cuestión se traslada, en suma, a comprobar bajo cuáles patrones de control de la *res publica* se ha ido instaurando en Lima una «economía política de la desigualdad» mediante la rigurosa repartición de las áreas urbanas que se realizó en otras capitales continentales.

A diferencia de lo que ocurrió en Buenos Aires y en Santiago de Chile, a lo largo del periodo 1890–1960 la ciudad de Lima, fundada por Francisco Pizarro en 1535 como *Ciudad de los Reyes*, no ha experimentado un crecimiento urbano basado en la proyección de un modelo urbanístico elaborado *a priori*: si en su fase fundacional su arquitectura «debió cumplir las ordenanzas imperiales que distinguían las repúblicas de españoles de las de indios, plasmando así su destino de evidenciar la afluencia de gentes de distintas castas» (Salazar 2014: 128), la falta de planificación de la modernidad resultó ser un factor que –a lo largo del siglo XX– ha favorecido las distintas formas espontáneas de crecimiento urbano llevado a lo extremo por los flujos de desplazamiento interno (el movimiento migratorio del interior del país a la metrópoli)³. Es en los primeros treinta años del siglo XX, en particular, cuando comienza a vislumbrarse un cambio radical en la manera de pensar la ciudad en todo el continente, como consecuencia de la aparición de una demanda de trabajo urbano que garantizaba salarios fijos y que desató el deseo de grandes cantidades de desocupados rurales en busca de nuevos horizontes. Así, tal como había ocurrido

³ El crecimiento poblacional en Lima y Callao se acentúa a partir de los años cuarenta del siglo XX: si en 1940 la población de la capital no llega a los 700.000 habitantes (se registran 662.000 residentes), en 2015 viven en la ciudad 9.900.000 personas. La fase más intensa de crecimiento poblacional se produce en el período comprendido entre 1961 y 1972, durante el que la tasa de crecimiento anual llega a 5,5%. Hoy en día los casi diez millones de habitantes asentadas en la provincia de Lima y Callao representan el 32% de la población nacional. El crecimiento urbano capitalino se ha acompañado de un aumento poblacional muy importante al nivel nacional: si al 30 de junio de 2020 el Perú alcanza los 32.625.948 habitantes, «en el año 1950 la población no pasaba de los ocho millones de habitantes» (INEI 2020: 5).

en las vísperas de la emancipación, empezó a brotar de entre las grietas de la *sociedad constituida* mucha gente de impreciso origen que procuraba instalarse en ella; y a medida que lo lograba se transmutaba aquélla en una nueva sociedad, que apareció por primera vez en ciertas ciudades con rasgos inéditos. Eran las ciudades que empezaban a masificarse (Romero 2001: 319).

En el Perú, la masificación de las formas de vida en la primera mitad del siglo XX a la que alude Romero provoca un cambio en la fisionomía del hábitat de los individuos puesto que tanto en Lima como en las otras grandes ciudades del país –a medida que van masificándose, a partir de la bajada de los serranos hacia Lima en los años veinte– comienza a insinuarse una desestructuración de su fisionomía; los centros urbanos más poblados «dejaron de ser estrictamente ciudades para transformarse en una yuxtaposición de guetos comunicados y *anómicos*. La anomia empezó a ser también una característica del conjunto» (Romero 2001: 322). La esperanza en un posible ascenso social promueve una forma doble de inmigración: en parte, de países limítrofes hacia el Perú, y sobre todo –dentro de las fronteras– de la regiones del interior hacia la capital y las otras grandes ciudades, desatando una intensa movilidad por la geografía del país que refrenda las expectativas de movilidad social de las clases más desfavorecidas. El crecimiento de la población en los grandes centros obliga a ocupar nuevas áreas del extrarradio urbano tanto para el establecimiento de nuevas viviendas como para el desarrollo de actividades mercantiles e industriales. Es precisamente en estos espacios marginados donde se hace más patente la intervención (o la falta de acción) de las «políticas de la vida»: las diferencias abismales que se observan en las expectativas de vida media entre –por un lado– los habitantes de las áreas más acomodadas de Lima y –por otro– los obreros no calificados de los suburbios industriales y de las barriadas empiezan a mostrarse en toda su garrafal evidencia, así como se demuestran abismales las distancias entre el *índice de sobrevivencia* a los 65 años de un profesor o un médico limeño frente a los habitantes de las áreas suburbanas. Esto parece sugerir la existencia de una práctica interna que lleva a cada sociedad a establecer una suerte de tasa de mortalidad prefijada y pensada de antemano, «como si las elecciones políticas de cada sociedad en materia de justicia y protección social significaran un juicio de valor sobre la vida de sus miembros» (Fassin 2018: 18).

2. La Lima *informal* en las páginas literarias

Al alba del siglo XXI, en la Lima que describe Richard Parra (1976) en la novela objeto de nuestro estudio, *Los niños muertos* (2015), las elecciones políticas en materia de justicia y protección social confirman la dualidad del *modus*

operandi de la intervención gubernamental en lo que se refiere a las políticas de la vida. Es decir, se ratificaría –en primer lugar– la existencia de una dialéctica contrastiva entre «protegidos» y «desamparados», y –como consecuencia de lo anterior– se asentaría la praxis del juicio de valor sobre la vida de las distintas franjas poblacionales urbanas. Cuanto más radical es –en la ciudad masificada– la separación entre los espacios del *nomos* y las áreas al margen, más fácil resulta comprobar la falta de biopolíticas de tutela y cuidado en los estamentos menos favorecidos; lo que es –a la vez– causa y efecto de un proceso de ensanchamiento de la brecha socioeconómica en las grandes urbes de América Latina, un continente donde conviven «posibilidades de vida asombrosas a la par de millones de hombres desocupados, sin hogar, sin asistencia médica, sin educación. La masificación ha hecho estragos [...]» (Sabato 2021: 88). Ante la falta de hogar a la que alude Sabato, en el contexto limeño el primer fenómeno social de masificación pasa –en una etapa inaugural– por el surgimiento de nuevos barrios a lo largo de los caminos de acceso al centro urbano, ubicándose normalmente al lado o bien de núcleos habitacionales ya existentes o bien en las proximidades de ciertos focos de atracción (estaciones de tren, depósitos o galpones, zonas fabriles, etc.). Pronto, sin embargo, empiezan a manifestarse formas de crecimiento espontáneo que sólo en algunos casos se ven respaldadas por las municipalidades que predisponen ciertos servicios básicos destinados a mejorar la condición de vida de los pobladores de esa expansión urbana descontrolada (llegan el agua y el alumbrado público, se crean sistemas de desagüe, los transportes conectan el centro con esas nuevas áreas). Ante la precariedad de las condiciones de vida del nuevo proletariado urbano ha surgido en el país una discusión que ha ido involucrando a arquitectos, urbanistas, administradores de la *res publica*, hasta hacer patente la existencia en el Perú de lo que puede definirse como un «discurso urbano complejo», del que se ha ocupado tanto la literatura política como la científica.

En nuestro estudio se propone un análisis de la complejidad (sub)urbana limeña desde un sesgo de la mirada literario, subrayando –en primer lugar– cómo la novela de Parra se coloca en el marco de la producción narrativa de la segunda década del siglo, caracterizada por la presencia de autores que «vuelven a lo local para denunciar las desigualdades y los modos de relación que ha impuesto el orden neoliberal [...]. Así, se denuncia el mercadeo a que son sometidas las comunidades más pobres, lo que conlleva catastróficas consecuencias climáticas [...] y la formulación de políticas que las obligan a abandonar espacios naturales para mal vivir en el conurbano de ciudades masificadas» (Noguerol Jiménez 2022: en línea). Se tratará, en particular, de poner en relación el modelo ficcional de *Los niños muertos* con una de las contradicciones más radicales de la contemporaneidad sociopolítica hispanoamericana: la asimetría perceptiva del valor de la existencia por parte del poder. Por una parte, la vida, entendida por su función biológica (el mero hecho de estar vivos) y tomada individualmente, parecería

preservar un aura sagrada, por lo que podría afirmarse que «lo característico del *ethos* de las sociedades occidentales es la *biolegitimidad*, concebida como el reconocimiento de la vida en cuanto bien supremo» (Fassin 2018: 18). Paralelamente a esta primera visión política de la existencia, se aprecia otra instancia que toma en consideración las vidas, esta vez en su acepción plural: en su versión colectiva, la vida deja de ser inviolable; las muertes evitables y las penurias que sacuden la existencia de ciertas categorías humanas (vidas política y socialmente *insignificantes*) parecen legitimarse en un sentido político, cívico y ético, alimentando una desigualdad tanto en términos cuantitativos como cualitativos, a partir de las condiciones misma de existencia de los sujetos implicados. ¿Desde qué sesgo de la mirada, pues, se enfoca la cuestión de las *políticas de la vida* en el Perú actual en la prosa de ficción contemporánea?

Centrar la atención en la llamada «literatura urbana» nacional significa adoptar una expresión ambigua que había nacido para referirse a un conjunto de textos ficcionales surgidos a partir de los años cincuenta, en coincidencia con la afirmación de la «generación del '50» y la eclosión de los grandes flujos migratorios del campo a la capital. Se impone así una primera oposición, no sólo terminológica, entre la literatura centrada en el espacio urbano, por un lado, y la prosa de ficción que dominaba el panorama cultural peruano hasta la mitad del siglo XX: un *ensamble* de textos de ficción reunidos bajo el rubro general de «novela de la tierra», cuyos autores más representativos se centraban en la narración de episodios «vividos por personajes que habitaban el campo, enfrentados a las despiadadas o protectoras fuerzas de la naturaleza, cuyas descripciones pintaban críticamente las instituciones sociales típicas del agro que explotaban a dichos personajes: la tópica triada del hacendado, del sacerdote y del juez de paz» (Morales Saravia 1998: 122)⁴. La alusión explícita a la triada del hacendado, del sacerdote y de los jueces de paz aplicada a los contenidos de la llamada «novela de la tierra» parecería confirmar cómo tanto esa línea temática como la «literatura urbana» se hacen portadoras de una reconstrucción, en el plano diegético, de la exclusión de la *masa anónima*, percibida como amenaza potencial por parte de la sociedad normalizada. En ambos casos, en suma, la trampa social consiste en que

⁴ Remontarse a los exponentes más destacados de esa línea estética y temática –que a menudo proponían unas oposiciones contrastivas con el mundo urbano– conduce a señalar los nombres de Julio Ramón Ribeyro, Enrique Congrains Martín, Oswaldo Reynoso y el mismo Mario Vargas Llosa, si bien personajes, visiones y estilos han sido, naturalmente, dispares. De todos modos, aun reconociendo esas diversidades, el punto de partida común que reúne a los distintos exponentes de la «novela de la tierra» (en sus diferentes modalidades: realista, indigenista, neo-indigenista, mágico-realista, etc.) es la presencia de una suerte de discurso étnico –particularmente marcado en la novela de Ciro Alegría *El mundo es ancho y ajeno* (1941)– que ensalza los valores de las comunidades andinas, celebra su solidaridad, su altura moral y su integridad, poniendo en contraste estos rasgos con los valores modernos de la sociedad capitalista y desenmascarando los pseudo-valores de la posmodernidad occidental cuyas instituciones (tanto las civiles como las militares y religiosas) son representadas como injustas y explotadoras.

«el club de los iguales suele ser restrictivo, deja fuera a los otros, rumor informe, sujeto al no menos metafísico principio de los *indiscernibles*, *masa anónima*, frente a la cual los iguales se constituyen en elite» (Rodríguez Magda 2004: 60).

Una vez comprobada la continuidad diacrónica de los procesos de segregación de lo *anómico*, cabría preguntarse si desde la perspectiva actual puede tener sentido definir «urbana» a toda aquella literatura nacional que se escribió a partir de la segunda mitad del siglo XX cuyos personajes se mueven y actúan por el espacio urbano. Si en la capital peruana, el que María Rodríguez Magda define como el «club restrictivo de los iguales» suele dejar fuera a los otros, ¿cómo se representa en el marco intelectual local el crecimiento urbano descontrolado que ha dado lugar al surgimiento en forma espontánea de barriadas donde se concentra la pobreza?, ¿cómo darle voz a ese «rumor informe» que convive con la sensación difusa de marginación? La relación que se establece entre, por un lado, la emergencia social dictada por la eclosión masiva de barriadas y el vertiginoso proceso de urbanización de la capital y, por otro lado, la ficcionalización de tales procesos encuentra su razón de ser en el tamaño de los cambios que acontecen en el tejido urbano de la capital peruana: ya a finales del siglo pasado Hernando de Soto en el estudio *El otro sendero* (1987) se refería a la continua dinámica de creación de nuevas barriadas en las áreas periféricas de Lima como a un «proceso informal» derivado de la necesidad de encontrar formas alternativas al de la construcción legal de viviendas⁵.

Ya a comienzos de los sesenta José María Arguedas, en un artículo publicado en el suplemento dominical de *El Comercio* el 1 de octubre de 1961, al reseñar la salida del libro de Osvaldo Reynoso, *Los inocentes*, había señalado cómo «[l]a lucha por detener el ascenso del Perú ha lanzado a la capital a hombres de todas las regiones que nuestras inmensas montañas habían mantenido aislados [...]. Lima, como capital muy representativa, ahora, del Perú, es un gigante que crece zarandeando, martirizado, casi ciego, pero cuya fuerza, como la de toda criatura en desarrollo, resulta indomeñable» (Arguedas 2019: 88). Años después de la reflexión de Arguedas, y aun reconociendo la naturaleza de gigante martirizado y casi ciego de la ciudad de Lima, José Morales Saravia (1989) propone un análisis de la narrativa urbana de Cromwell Jara donde afirma que en la prosa de ficción peruana a partir de los años setenta del siglo XX tanto el crecimiento urbano descontrolado como los efectos nefastos de la acelerada urbanización han

⁵ Dos datos numéricos dan la medida de la profundidad sociopolítica y cultural del asunto, puesto que «en las últimas cuatro décadas el espacio urbano de Lima ha crecido de un 1.200%. Este hecho es impresionante, pero lo es más si consideramos que ese enorme crecimiento ha sido fundamentalmente *informal* [...]. Hay que señalar que del total de viviendas de Lima en 1982, el 42.6 por ciento pertenece a los asentamientos informales» (de Soto 1987: 17). La traslación de estos datos a la relación entre sociedad y literatura pasa –a su vez– por recuperar los enfoques que, desde el ámbito de la cultura letrada, se habían encargado de reflexionar sobre los cambios en la estructura social y en la topografía urbana de ese Perú en ebullición.

sido cuestiones tocadas de una manera sólo tangencial⁶. Identifica, sin embargo, algunas excepciones notables y señala como singularidades destacadas *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971) de José María Arguedas, centrada en la descripción del fenómeno migratorio del campo a la ciudad de Chimbote, la novela *No una, sino muchas muertas* (1985) de Congrains Martín, basada en la representación ficcional de la vida en una barriada limeña y la novela *Patíbulo para un caballo* (1989) de Cromwell Jara. A estos textos se puede añadir otros contados ejemplos, como la representación imaginífica de la Lima subterránea que Jorge Eduardo Eielson moldea en su novela *Primera muerte de María* (1988)⁷, sin olvidar –ya en el nuevo siglo– la ficción del peruano-estadounidense Daniel Alarcón que plasma escenarios urbanos marginales en la antología de relatos *Guerra a la luz de las velas* (2005; primera versión en inglés bajo el título *War in candlelight*). Asentada sobre tal herencia cultural, *Los niños muertos* (2015) de Richard Parra destaca en la narrativa peruana contemporánea como un ejemplo de prosa que vuelve a reflexionar desde lo literario sobre el trasvase de cuerpos excluidos de la provincia a Lima y que puede leerse –por lo tanto– como una continuación de aquella tradición literaria que se había encargado de representar «las enormes corrientes migratorias de esos años que llevaron a millones de habitantes de la Sierra a la capital, de modo que las viejas antítesis de *sierra y capital* o *sierra y costa* han cambiado su significación, puesto que ahora la *sierra* forma parte de la *capital* y de la *costa*» (Kohut 1989: 15)⁸.

⁶ Existen sí ejemplos de alto valor literario y simbólico de narrativa urbana, pero nuestro argumento se funda en la escasez de textos ficcionales nacionales preocupados por la existencia de los pobladores de los márgenes. De hecho, *Un mundo para Julius* (1970) de Alfredo Bryce Echenique, cuadro excepcionalmente nítido de las dinámicas sociales de Lima, no deja de ser una representación del *modus vivendi* de la clase alta limeña.

⁷ Imagina Eielson una Lima casi sumergida por la arena en la que viven migrantes, pescadores y campesinos que se han acercado a la ciudad: «En la gran plaza cubierta de arena, la bella fuente de bronce casi había desaparecido y todos los edificios circundantes parecían deshabitados y cómo a punto de desplomarse. El pescador siguió adelante y desembocó en una calle desierta que, tiempo atrás, había sido una de las más elegantes y concurridas de la ciudad. Siguió caminando, hacia una ancha avenida al fondo de la cual otra ciudad lo esperaba: era la Metrópoli» (Eielson 2014: 11). Por encima de la Lima harapienta y a punto de desaparecer, la Metrópoli es un espacio urbano poblado por «hombres, mujeres y niños blancos, limpios y sonrientes, [que] en nada se parecían a los pescadores, ni a las mujeres de los pescadores, ni a sus hijos. Y mucho menos a esos pobres desgraciados que poblaban el antiguo Palacio de gobierno» (Eielson 2014: 11).

⁸ Richard Parra (Lima, 1976) doctor en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Nueva York (NYU), ha sido galardonado con el Premio Copé 2014 y acaba de hacerse merecedor del Premio Nacional de Literatura 2021 en la Categoría Cuento con su libro *Resina* (2019). Antes de la publicación de *Resina*, los hitos de su trayectoria literaria son las dos novelas breves *Necrofucker* y *La pasión de Enrique Lynch* (ambas de 2014), la novela *Los niños muertos* (2015), el libro de cuentos *Contemplación del abismo* (2.a ed., 2018), además del ensayo *La tiranía del Inca. El Inca Garcilaso y la escritura política en el Perú colonial*.

3. Fricciones en la geografía humana de la sociedad sin *nomos*

Los contenidos temáticos de *Los niños muertos* revelan de inmediato la preocupación de Parra por reflejar la situación de crisis económica y sobre todo social del Perú contemporáneo, insertando sus búsquedas y sus intereses en el marco de aquellos interrogantes e inquietudes que los narradores peruanos habían manifestado en sus respectivas obras de ficción ya en las últimas décadas del siglo XX. A partir de principios de los años sesenta, en efecto, narradores como Julio Ramón Ribeyro (*La palabra del mudo*, 1972), Carlos E. Zavaleta (*Los Íngar*, 1955), Enrique Congrains Martín (*No una sino muchas muertes*, 1957), Oswaldo Reynoso (*Los inocentes*, 1961) habían inaugurado una vertiente neorrealista en la literatura nacional, encargándose de dar cuenta en el plano de la ficción de las dinámicas de cambios urbanos que acontecían en Lima y de la complejidad sociocultural y económica relacionadas con el descontrol de la expansión urbana capitalina que Sebastián Salazar Bondy había señalado en *Lima la horrible* (1964). En años más recientes, a partir de finales de la década del setenta, varios escritores peruanos coinciden en

situar la crisis en la desmedida expansión urbana motivada por las migraciones campesinas a la costa en busca de mejores oportunidades. Asimismo, abordan en sus obras el problema social originado por la confrontación de clases y estratos, la opresión y marginación, así como la invasión de la capital por parte de un sector del pueblo peruano que, abandonado a su suerte, no tuvo más remedio que emigrar para ingresar en un infierno aún peor, el de la selva de asfalto de la gran urbe (Niño de Guzmán 2001: 40).

A esta generación –en la que se incluye el Vargas Losa de *La tía Julia y el escribidor*, 1977– se suman, ya en el nuevo milenio, nuevos intelectuales movidos por la necesidad de reflexionar sobre urgencias ligadas a la crisis nacional, tanto económica como sociopolítica, siguiendo una tendencia que caracteriza los más recientes ejercicios narrativos del continente. Si a partir de la crisis económica de 2008, de México a Tierra del Fuego se empiezan a escribir y publicar textos «que presentan espacios ominosos signados por la fuerza de la naturaleza y la violencia, donde *detritus* comunitarios y voces subalternas advierten de lo siniestro soterrado en sociedades marcadas por la desigualdad» (Noguerol Jiménez 2022: en línea)⁹, en el Perú no se aprecian sustanciales excepciones; de ahí que se afirma una primera línea estética centrada en la violencia política (*in primis*,

⁹ La representación de la violencia en los grandes espacios de las periferias urbanas hispanoamericanas esta retratada en títulos como *Para comerte mejor* (2015) de la boliviana Giovanna Rivero; *La luz mala dentro de mí* (2016) del argentino Mariano Quirós, o *Sofoco* (2021), de la colombiana Laura Ortiz Gómez.

el conflicto entre el Estado y Sendero Luminoso) que incluye –a título de ejemplos no exhaustivos– novelas como *Abril rojo* (2006) de Santiago Roncagliolo o *Un lugar llamado Oreja de Perro* (2008), de Iván Thays¹⁰. Otra vertiente –la que más nos interesa en estas páginas– vendría a ser integrada por textos ficcionales centrados en la representación de la complejidad y las amenazas implícitas en la interacción social en contextos urbanos hiperpoblados, como ocurre en *Pudor* (2004) o *La pena máxima* (2014), ambas de Roncagliolo, *Cuando llegue la noche* (1994) y *La mentira de un fauno* (1998), de Patricia de Souza, *Nunca confíes en mí* (2010) de Renato Cisneros, entre otros.

Así como –todavía a mediados de los años setenta– Miguel Gutiérrez afirmaba que «el surgimiento y desarrollo de una forma artística no se debe a razones estéticas o puramente inmanentes, sino a complejas razones histórico sociales» (1975: 11), Parra construye una novela que se apoya en la representación alternada de dos etapas de la historia social del Perú del siglo XX: por un lado se ubican hechos que ocurren en la década de los años sesenta, donde se coloca la descripción de los años juveniles de las figuras de Simón y Micaela, padre y madre respectivamente del joven Daniel, y donde se describe el proceso de asentamiento en la capital, según las pautas sociohistóricas consabidas, cuando la «ruptura de los muros protectores de la comunidad se hizo inevitable con la aparición de los medios mecánicos de transporte, portadores de información alternativa, o de gente cuya misma ajenidad era información distinta de –y en contraste con– el conocimiento disponible internamente» (Bauman 2009: 7). Paralelamente a esta primera etapa, se entrelazan en la narración los episodios en los que Daniel desempeña el rol de protagonista central de hechos ubicados en la década del ochenta (fase claramente enmarcada desde el punto de vista cronológico por las alusiones reiteradas tanto a los primeros brotes de la violencia de Sendero Luminoso como a la participación del Perú en la Copa del mundo de fútbol de 1982 en España). La presencia de referencias explícitas a eventos de la historia social y cultural de la época no sólo permite al autor transferir al texto la experiencia de tiempos, lugares y modelos de percepción de un momento dado, sino que expresa también una forma de anclaje a la realidad que permite vislumbrar un proyecto de discurso interdisciplinario capaz de aproximar lo literario a la reflexión geosocial. Este diálogo permite una reorganización del mundo sociocultural en el plano de la ficción y, a la vez, un cierto grado de anclaje al «documento histórico» de la realidad, tal como sugiere María de Fanis:

El artista se apodera del lugar, lo explora con participación activa fuera de los caminos habituales, lo saca de contexto, aclara sus reglas,

¹⁰ El conflicto entre realidades antagónicas (sociales y/o ideológicas) resulta ser un motivo recurrente también en la cinematografía nacional, tal como se observa en películas como *La boca del lobo*, 1988, de Francisco Lombardi; *Las malas intenciones*, 2011, de Rosario García-Montero o *La casa rosada*, 2016, de Palito Ortega Matute).

inventa otras. En este sentido, la prerrogativa del artefacto no es más la de ser una simple reproducción de la realidad, sino el producto de una construcción lógico-conceptual capaz de identificar las relaciones más ocultas del real y las que, aún si evidentes, pasan desapercibidas por encontrarse siempre bajo la mirada. Reorganizando con gran sensibilidad lo que en *el mundo parece confuso*, el texto desvela además potencialidades generativas ilimitadas, que se realizan en todos aquellos inéditos nexos conceptuales y en aquellas relaciones que el nuevo orden propuesto puede sugerir (De Fanis 2001: 36)¹¹.

Aplicar las reflexiones de De Fanis a *Los niños muertos* lleva a preguntarse por los espacios físicos en los que acontece esa reorganización de los «escenarios confusos» de una realidad expuesta a la mirada del observador letrado. La topografía urbana en la que se desarrollan las anécdotas narrativas es la de una barriada limeña surgida de forma espontánea y descontrolada en las afueras de la ciudad, un contexto donde las experiencias de integración han fracasado y donde los habitantes quedan incluidos en el ámbito de la «otra sociedad», dibujándose como verdaderos reductos de la sociedad *a-nómica*. Si en el plano de la realidad todos los sujetos que ostensiblemente no pertenecen a la sociedad normalizada encuentran su única posibilidad de asentamiento en las formaciones suburbanas informales ubicadas en las afueras de las metrópolis¹², también al nivel diegético los personajes de Parra se presentan al lector como pobladores de rancharíos precarios que han surgido en los cerros que rodean la ciudad normalizada, creando una especie de anfiteatro de tugurios. El diálogo entre realidad y ficción se confirma en la comprobación de que –en la capital peruana– tanto por el cerro San Cristóbal como por otros cerros cercanos

empezaron a trepar las barriadas que se extendieron también por los arenales del valle del Rímac. Era la obra de los migrantes rurales que llegaban a la capital, unas veces lenta y mansamente y otras de manera agresiva y en masa. Desde 1945, pero sobre todo después de 1950, el movimiento se fue haciendo cada vez más intenso. [...] Acaso

¹¹ Así en el texto original italiano: «L'artista si appropria del luogo, lo esplora con partecipazione attiva fuori dai tracciati consueti, lo decontestualizza, ne chiarisce le regole, ne inventa altre. In quest'ottica, la prerrogativa dell'artefatto non è più di essere una semplice riproduzione della realtà, quanto il prodotto di una costruzione logico-concettuale capace di identificare le relazioni più occulte del reale e quelle che, pur palesi, passano inosservate perché sempre sotto gli occhi. Riordinando con grande sensibilità ciò che nel mondo pare confuso, il testo svela inoltre [...] illimitate potenzialità generative, che si realizzano in tutti quegli inediti nessi concettuali e relazioni che il nuovo ordine da esso proposto può suggerire» [la traducción al castellano es mía].

¹² Es bien sabido que tales instalaciones informales reciben nombres diversos según cambia el país: son llamadas *callampas* en Chile, *villas miseria* en Argentina, *favelas* en Brasil, *cantegriles* en Uruguay, *ciudades perdidas* en México, *pueblos piratas* en Colombia y, precisamente, barriadas en Perú.

más de un 10% de la población de la capital peruana habite [hoy en día] en barriadas (Romero 2001: 360 – 361).

La extensa cita textual que sigue –al encargarse de trazar los rasgos del entorno geosocial en el que se mueven los protagonistas de *Los niños muertos*– parece limitarse a trasladar al plano ficcional el lenguaje ensayístico:

La barriada comenzó a poblarse hace cuarenta años sobre un relleno sanitario ubicado a orillas del río Rímac. Ya desde entonces, gente de toda edad trabajaba recolectando residuos para las rancherías y escogiendo vidrio, plástico y cartón. Migrantes invadieron la zona. Levantaron esteras y casuchas de madera y palo en los contornos de un tiradero al que llamaron El Montón. Pronto aquellas precarias viviendas se convirtieron en edificaciones de adobe y material noble. Hoy en día, sin embargo, no todas cuentan con agua potable. Sus desagües no desfogan a la red de alcantarillas, sino al río Rímac a través de tubos que se descuelgan por el acantilado. La gente sigue llegando. Los callejones de Cárcamo se tugarizan. Los pobladores construyen casas de tres y cuatro pisos, aunque les dijeron a que no levanten más de dos, porque el suelo cederá y habrá derrumbes (Parra 2015: 27 – 28).

Plantear la pregunta acerca de qué tipo de cuerpos habitan esos tugurios suburbanos extiende las inquietudes que guían nuestro análisis a las tipologías de biopolíticas que se llevan a cabo en las relaciones entre los cuerpos de esos ciudadanos segregados, el poder y la verdad. Sobre todo, ¿cómo les es posible a los habitantes de estas áreas *tugarizadas* darle un sentido trascendente a su existencia atribuyendo un valor a momentos y lugares de sus vidas? Si se acepta que «[n]o hay otra manera de alcanzar la eternidad que, ahondado en el instante, ni otra forma de llegar a la universalidad que a través de la propia circunstancia: el hoy y aquí» (Sabato 2021: 23), habría que preguntarse cómo pueden (sobre)vivir los antihéroes de Parra en sus márgenes urbanos «tugarizados», seres humanos a los que les es negada la posibilidad de una comunión con el *hic et nunc* que constituye su único horizonte vital. Si violencia, adicción a las drogas, uso habitual y rutinario de armas son elementos característicos de la vida de los habitantes de las barriadas limeñas descritas por Parra, el *Poder* –entendido como conjunto de instituciones y como técnicas de regulación de la población– abandona a esos habitantes de segunda categoría. Si durante la edad moderna –hasta el comienzo de las que Michel Foucault define como «sociedades disciplinarias»– el poder manifestaba su presencia imprimiendo su autoridad en los cuerpos (pensemos en los signos corporales del suplicio durante el Antiguo Régimen francés), ahora, en la Lima contemporánea las marcas en el cuerpo son las huellas de la ausencia del

Poder. En la modernidad el cuerpo expresaba «la verdad» de cada individuo exhibiendo las pruebas del tormento (pensemos que la Inquisición española o en los llamados «interrogatorios reforzados» impuestos por la Ley Patriótica de Estados Unidos), ahora el cuerpo de los individuos muestra otras cicatrices, las de los sujetos que han sido abandonados por el Estado, expuestos a la falta de control por parte del *Poder* y sometidos a la ley de la violencia en las áreas *a-nómicas*. El dominio de la violencia es, en efecto, un elemento reiterado al nivel textual que se desprende –en particular– de la descripción de una reunión organizada por los hermanos Pando, figuras secundarias que en la novela aparecen como caracteres prototípicos de la delincuencia relacionada con la miseria¹³:

Pasada la medianoche, cuatro jóvenes de Mirones Bajo llegan en dos motos. Uno saca a bailar a una amiga íntima de los hermanos y Efraín se molesta. Pecha al extraño. Se insultan, sacan cuchillos. Isaac Pando dispara y la gente se dispersa. [...]. Los Pando amedrentan a tiros a los cuatro jóvenes. Ahora miran a Daniel, pero no lo saludan: tienen los ojos perturbados por efecto de la pasta básica de cocaína (Parra 2001: 71).

En el marco de esta sociedad *a-nómica* y violenta, fundada en una concepción gregaria de la existencia vivida en los márgenes urbanos, se complejiza para sus pobladores la posibilidad de encontrar una rendija que permita la incorporación a la estructura social normalizada. En otras palabras, ¿sería viable afirmar que lo que anhela «el marginal, migrante o arraigado, que arañaba el nivel de la subsistencia [es] una ayuda inmediata para subvenir a sus necesidades, una oportunidad para incorporarse a la estructura y un apoyo para ascender dentro de ella» (Romero 2001: 387)? La realidad del contexto urbano limeño descrito en la novela parece insistir en la negación de esta posibilidad a la sociedad *anómica*, puesto que el modelo representado en el escenario diegético es una forma de «gobierno de los hombres» bien alejada de los esquemas foucaultianos de la imposición de un biopoder sobre la ciudadanía: a diferencia de los sistemas de control biopolítico examinados por Foucault –fundados en la existencia de una

¹³ En el ensayo *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, ya ampliamente citado en nuestro estudio, José Luis Romero considera que la despersonalización de las relaciones sociales en las grandes urbes del continente fue una de las causas principales del aumento de la violencia en las metrópolis, puesto que la hostilidad debida a la necesidad de supervivencia empezó a suscitar tensiones entre los miembros del naciente proletariado urbano contribuyendo «a modificar la fisonomía de los sectores marginales. Crecieron en número, pero, sobre todo, cambiaron de modalidad. Creció el número de los mendigos, pero fue muy difícil que una dama caritativa siguiera teniendo ‘sus pobres’: disminuyó el número de los resignados [...] y creció el de los agresivos. También cambió el carácter de la delincuencia, haciéndose más sutil y organizada [...]». En el creciente anonimato de las grandes ciudades la mala vida tomaba un aire más áspero y cruel, como se iba haciendo áspera y cruel la nueva miseria urbana» (Romero 2001: 272).

disciplina individual y colectiva de la conductas– el modelo que propone Parra desde la ficción se articula en torno a la ausencia de toda política gubernamental dirigida al control y a la corrección de la ciudadanía. Destaca por su ausencia en *Los niños muertos* todo tipo de política del estado mediante la cual «la ley (moral o jurídica) se imponga al cuerpo en nombre de comportamientos presuntamente sanos (para prevenir una patología, en el caso de la salud pública) o normales (para descartar la desviación si involucra el orden público)» (Fassin 2018: 76). Apartados de la exposición a este modelo legal, los cuerpos de los pobladores de las barriadas de Parra se ubican fuera de la aplicación de disciplinas individuales y colectivas de la conducta precisamente porque las instituciones ignoran a esas categorías, impidiéndoles acceder a un estado de *biolegitimidad*. Esta exclusión se desprende, en particular, de las descripciones textuales de los escenarios físicos: incluso cuando los protagonistas se alejan de su barriada, la fisionomía de los espacios alrededor mantiene evidentes rasgos de abandono, como si se pretendiera subrayar la imposibilidad para los personajes de Parra de acceder a un marco social y económico más sosegado:

Isaura y Daniel se dirigen en bicicleta hasta «La Catarata», un torrente de agua turbia que arrastra piedras, lodo y basura bajo el Puente del Ejército. [...] Del otro lado, se ubica la perrera (en donde matan perros rabiosos a palazos) y, junto a ella, el estadio San Martín, propiedad de una cervecera. Allí no se construyeron ni casas ni veredas. El suelo es débil. Sólo hay una trocha que conecta a las rancherías con el Puente del Ejército y que sirve de letrina para los vagos y fumones (Parra 2015: 183).

El estado de degrado y la condición de miseria que se describen al nivel de la diégesis inscriben en los cuerpos la huella de las violencias estructurales que se relacionan con la falta de una lógica política y la ausencia de una disciplina estatal moral: la construcción de un «espacio de lo intolerable» remite aquí a una configuración ético-político que actúa sobre los cuerpos según estrategias que no son tanto de dominación, sino de jerarquización de las existencias de los ciudadanos¹⁴. Si –tal como se había adelantado– la vida entendida como un «hecho biopolítico» puede acceder tanto a un espacio de *sacralidad* como puede volverse

¹⁴ No debe olvidarse la frecuencia con la que –en la literatura peruana contemporánea– los autores aluden explícitamente a las vejaciones sobre los cuerpos llevadas a cabo según patrones de jerarquización de las existencias de los ciudadanos; incluso, hay situaciones ficcionales en las que la jerarquía de la vida se relaciona con cuestiones raciales. Es el caso, por ejemplo, de *Caramelo verde* de Fernando Ampuero, una novela negra ambientada en el mundo de los cambistas clandestinos de dólares en la que se plantea así la jerarquización racial recién aludida: «[El gordo López] dijo también [...] que los otros cambistas, llegado el momento, no vacilarían en asestarle una puñalada por la espalda. [...] –¿Sabes lo que digo, no? –Sí. Ningún cholo da confianza. [...]. López requería un cómplice. Él era blanco como un yogur y eso lo hacía sentir superior» (Ampuero 1992: 21).

sacrificable, se estaría remitiendo a la dicotomía que Giorgio Agamben evidencia y resume así: «detrás del largo proceso de antagonismo que conduce al reconocimiento de los derechos y de las libertades formales, se encuentra, una vez más, el cuerpo del hombre sagrado con su doble soberano, su *vida insacrificable* y, sin embargo, expuesta a que cualquiera se la quite» (Agamben 2004: 77). Los sujetos *sacrificables* que habitan las áreas olvidadas por el poder se ven obligados, siguiendo a Agamben, a desarrollar una concepción de la vida que abarca dos condiciones de exclusión: a) la percepción del *yo* como sujeto destinado a luchar únicamente por su supervivencia en espacios que serán siempre «periferias sociales», y b) la conversión del ser humano en objeto, según una modalidad de *cosificación* del individuo que se verá en el apartado que sigue.

4. El *ser-objeto*: afuera de toda jerarquización social

Ya se vio cómo los cuerpos de los pobladores de las barriadas descritas por Parra acaban quedando afuera de la aplicación de disciplinas individuales y colectivas de la conducta precisamente porque las instituciones los ignoran –no sólo como categoría social, sino también humana– negándoles el acceso a un estado de *biolegitimidad*. Si la ausencia de una *biolegitimidad* produce la conversión del ser humano en objeto, el camino de deshumanización del antihéroe de Parra pasa por un proceso de *cosificación lato sensu*: el hombre se vuelve objeto por ser una entidad que la sociedad del *nomos* percibe como «hostil», por considerarla capaz de oponer una forma de resistencia ante la norma social. Este riesgo desde la perspectiva del *nomos* es señalado, en particular, por Byung-Chul Han en *La expulsión de lo distinto*: «La palabra *objeto* procede del verbo latino *obicere*, «arrojar contra», «reprochar», «recreminar». Es decir, el objeto es, antes que nada, algo contrario que se vuelve contra mí, que se me arroja y se me contrapone, que me contradice, que es reacto a mí y me ofrece resistencia» (Han 2020: 67). El ser humano se vuelve «objeto en oposición» y, en tanto que *ser-objeto*, se le concede sólo el uso de los espacios del abandono, allí donde el control biopolítico no alcanza (pues ese «algo contrario» que es el hombre vuelto objeto puede convertirse en un peligro). Al nivel diegético esta condición se expresa en varios pasajes, destacando en particular la experiencia de Simón –el padre del personaje central– en su primera época limeña, cuando su condición de marginado y expulsado era absoluta:

Simón duerme en el Parque Universitario, junto a unos pordioseros. [La perra] Pistola lo acompaña. La usa para calentarse y buscar comida. Un día, en el Mercado Central, le da un palazo a un gato y le arrebató un pescado: Simón se lo come crudo delante de otro hambriento al que no le convida nada. Las tripas se las tira a Pistola (Parra 2015: 172).

La marcada condición de desamparo socioeconómico que se hace patente en la negación de la *biolegitimidad* de los «sin hogar» produce un efecto doble en los caracteres parrianos: no sólo para ellos no vale el reconocimiento de la «vida en cuanto bien supremo», sino que esos sujetos *a-nómicos* se vuelven víctimas de una peculiar visión política de la existencia aplicable sólo a las colectividades residuales. En este caso, «residual» vendría a significar susceptible de violencia gubernamental y, a su vez, el sustantivo «violencia» debería entenderse –tal como ya se vio– en términos de muerte legitimada en un sentido político y moral. La desigualdad deja de ser sólo cuantitativa para volverse cualitativa, poniendo de manifiesto la emersión de condiciones de existencia antagónicas: por un lado, en los sectores normalizados de la ciudad, se ubica aquella porción de la población urbana que –dotada de abundantes o al menos suficientes recursos materiales– ve a sus integrantes vivir en una condición de «sujetos integrados», en un contexto en que, sin embargo, «se oculta cualquier avería en el bienestar, pues enseguida se teme la exclusión, quedar eliminado de la existencia» (Sabato 2021: 94). En el otro extremo del arco social se coloca el hombre-objeto que carga, además, con la negatividad del *obicere* a la que aludía Han: la percepción social de su propia negatividad (la negatividad de lo contrario) produce una *des-corporalización* de aquellos sujetos que «se contraponen» a la sociedad de los «protegidos».

Así, mientras los cuerpos *des-corporalizados* se convierten en fantasmas sociales y comprueban la ausencia de su legitimidad biopolítica, se impone en la ficción un modelo de representación descarnada tanto de los sujetos como de los espacios excluidos, modelo ficcional que es común a varias áreas culturales del continente¹⁵. El esquema conceptual transnacional que se encarga de la representación literaria de esas realidades ubicadas en los márgenes retrata a unos habitantes suburbanos que no tienen la posibilidad de acceder a «ocasiones de cambio»; se trata de sujetos que quedan permanentemente atrás con respecto a los flujos dinámicos que caracterizan el funcionamiento de la sociedad del *nomos*. Los ciudadanos que viven *del otro lado* (los hombres-objeto que cargan con la negatividad del *obicere*) arrastran el peso de un retraso atávico, sin

¹⁵ En *Los niños muertos* la ausencia de todo tipo de política del estado mediante la cual una cierta forma de ley (moral o jurídica) se impone al cuerpo en nombre de comportamientos presuntamente normales (no desviados en relación con el orden público) se hace manifiesta también en los momentos en que la Historia –como expresión de hechos ligados no a las vivencias individuales sino al acontecer histórico nacional– entra en la ficción. Las alusiones explícitas a sublevaciones populares urbanas (y a las inmediatas represiones gubernamentales que siguen) se inscriben dentro de un panorama ficcional marcado por la falta de claridad en la comprensión de los hechos históricos, como si –desde la perspectiva de los seres anómicos– el caos existencial y la condena a huir de un orden represor fueran elementos ineludibles de la existencia de los marginados. Así se describe el intento de saqueo de una tienda por parte de Simón y Adolfo, otro *ser-objeto*, y las suposiciones que se barajan: «Apenas introducen la refrigeradora al departamento de Adolfo [...] se inicia la represión del ejército. Salen tanquetas a ametrallar a los saqueadores. Aviones sobrevuelan el centro de Lima dispuestos a bombardear a los revoltosos. Se habla de un golpe de estado como en Chile. Se dice que la CIA y el APRA están detrás» (Parra 2015: 203).

poder nunca alcanzar el ritmo de los que detentan el control del sistema social, económico, laboral y cultural. En áreas privilegiadas de la capital peruana, como Miraflores, «el dinamismo es el valor en auge, el que determina el aura de los elegidos, aquellos llamados al triunfo. Los individuos, los colectivos, los pueblos se clasifican no ya por su poder, posición o conocimientos, sino por su capacidad de adaptación a los cambios» (Rodríguez Magda 2004: 139). En el otro extremo del arco socioeconómico, los individuos a los que no se les concede biolegitimidad son «los que se quedan atrás, serán barridos por el viento de la historia, ésa que había muerto, pero sigue sin pararse, como un centrifugado de los que unos salen despedidos hacia el Olimpo y otros arrugados para el sumidero» (Rodríguez Magda 2004: 139)¹⁶.

La Lima de Parra –tal como observó Arguedas– es una metrópolis «con tentáculos harapientos que se extienden sobre los cerros, a la orilla maloliente del Rimac, o en arenales lejanos sin agua [...]» (Arguedas 2011) y va barriendo a los ciudadanos sacrificables como efecto de una práctica biopolítica que pasa por la aplicación del concepto de jerarquía de legitimidad, como fenómeno constructor de un orden social urbano que organiza miradas y acciones según una lógica estamental: por un lado, se instala la razón soberana (la que se auto-percibe como neutral y fundadora de un orden autorizado a indagar en los cuerpos) y, por otro, el cuerpo objetivado, ubicado en una posición histórica determinada precisamente como efecto de la segmentación del espacio y la jerarquización de las corporeidades.

¹⁶ El escenario socioeconómico y cultural que plantea Parra, de hecho, establece un diálogo con un amplio y variado conjunto de obras narrativas contemporáneas en español que –aun en sus previsible diversidades estéticas– arrancan de una base temática común apoyada en la construcción de mundos diegéticos marcados por una rígida jerarquización de las existencias y de oposición entre el «nosotros» y el «ellos». Una breve lista de esta tipología de textos –listado necesariamente lejos de cualquier pretensión de exhaustividad– podría incluir la novela *Sumar* (2018) de la chilena Diamela Eltit, centrada en la construcción alegórica de una larga marcha de vendedores ambulantes chilenos quienes se definen a sí mismos como individuos de ínfimo valor. Asimismo, la negación de la *biolegitimidad* de los sujetos anómicos de Parra vendría a reflejarse en las «existencias sin importancias» de los habitantes de las villas miseria del sur de Buenos Aires en las que incursiona Julio Andrada, el protagonista de *Oscuro monótona sangre* (2012), de Sergio Olguín; tampoco puede olvidarse la rígida separación espacial urbana que describe el también argentino Hernán Ronsino en la novela *Cameron* (1996), una segregación topográfica que constituye un verdadero mundo a la inversa puesto que los habitantes de los espacios del nomos ciudadano observan desde abajo las colinas del barrio Alto, donde se amontonan los pobres, beneficiados por momentos de su ubicación en la cartografía urbana. Lo que plantea Ronsino es una verdadera inversión carnavalesca de los esquemas habitacionales: «Todos, acá abajo, nos preguntamos cómo fue posible que construyeran la ciudad en un sentido inverso. Arriba tendrían que haber estado las familias más destacadas y abajo las más pobres. Pero no fue así, y cada vez que llegan las lluvias de mayo sufrimos lo que los más pobres no sufren [...]. Arriba festejan la desgracia de abajo. Es una especie de carnaval: el momento de las máscaras y, en consecuencia, de la descarga. El resto del año será el predominio del orden y la disciplina; de restaurar la burla de los desgraciados» (Ronsino 2019: 42).

4. Conclusiones

Para concluir nuestra aproximación a la novela, se propone considerar el texto de Parra –con independencia de todas precisiones de topografía social– bajo una doble aproximación interpretativa. Por una parte, *Los niños muertos* puede considerarse –en términos socio-antropológicos– una muestra actual de la exacerbación de las reflexiones literarias que se han propuesto elaborar una figuración narrativa del proceso migratorio del campo a la capital, transfiriendo a la prosa las experiencias de quienes «dejaban un pasado rural y rescataban terrenos baldíos, convirtiendo los cerros y arenales en activos asentamientos urbanos [...] lógicamente sin servicios públicos, pero con reglas internas» (Salazar 2014: 131). En el momento en que los personajes que pueblan la novela –una vez alcanzados los asentamientos precarios en los márgenes urbanos– se ven obligados a vivir en un estado de lucha permanente para tratar de conseguir un lugar en un entramado social que los desconoce y los margina, se estaría recuperando la tradición a la que se ha aludido con anterioridad, que Antonio Cornejo Polar asocia a la figura «del migrante rural [...] que invade y se apropia de grandes espacios urbanos, de manera especial de la periferia y las zonas pauperizadas de la capital. Tal vez su magnitud sea hoy el rasgo definidor del Perú contemporáneo» (1989: 32).

Por otra parte, las condiciones de miseria, las manifestaciones reiteradas de violencia y el estado general de abandono de las figuras ficcionales remiten a una denuncia –desde lo literario– de las políticas de la vida. Una crítica que enlaza –a su vez– con la perversión de las prácticas gubernamentales, en un contexto sociopolítico en el que «las instituciones ya no logran instituir lo social, sobre todo en términos de equidad ante la justicia e igualdad de oportunidades, en una época de aumento de las disparidades en la sociedad» (Fassin, 2018: 13). Finalmente, es interesante observar –siempre en el marco general de la denuncia de las desigualdades desde la ficción– cómo las dos líneas de desarrollo temático acaban confluyendo en un mismo cauce: por un lado, en el enfoque de Parra, la preocupación por los seres vulnerables de *Los niños muertos* se propone al lector desde una perspectiva que es –en esencia– tanto socioeconómica como cultural-literaria. Por otro lado, se aprecia en el Perú contemporáneo la existencia de textos de ficción que transmiten inquietudes parecidas (denuncia de la marginación, falta de equidad ante la justicia, crónica desigualdad de oportunidades, etc.) desde el sesgo de la mirada de los avatares de la historia nacional. En efecto, tal como sugiere Rocío Ferreira, también los relatos del post-conflicto peruano plantean un discurso crítico similar, siendo ejemplar el caso de la antología *Al fin de la batalla. Después del conflicto, la violencia y el terror* (2015) cuyos textos «se solidarizan e identifican con los sobrevivientes del trauma social que significó el conflicto interno armado peruano con sus políticas de exterminio de los sectores más vulnerables de la población: los indígenas, las mujeres, los niños y los pobres» (Ferreira 2017: 18).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, Giorgio. *Homo sacer, Vol. 2. Estado de excepción*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2004.
- Ampuero, Fernando. *Caramelo Verde*, Barcelona: Seix Barral, 2002 [1992].
- Arguedas, José María. «Un narrador para un mundo nuevo», en Oswaldo Reynoso. *Los inocentes*, Barcelona: Penguin Random House, 2011 [1962]: 87–89.
- Arguedas, José María. «No destruyamos el Perú amado», *Especial: Centenario de Arguedas*, Suplemento dominical de *El Comercio* [09/01/2011].
- Bauman, Zygmunt. *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Barcelona: Siglo XXI editores, 2009 [2003].
- Cornejo Polar, Antonio. «Profecía y experiencia del caos: la narrativa peruana de las últimas décadas», en *Literatura peruana hoy. Crisis y creación*, Karl Kohut, José Morales Saravia y Sonia V. Rose (eds.), Frankfurt: Vervuert, 1989: 23–34.
- De Fanis, Maria. *Geografie letterarie. Il senso del luogo nell'alto Adriatico*, Roma: Meltemi, 2001.
- Eielson, Jorge Eduardo. *Primera muerte de María*, Lima: Santuario Editorial, 2014 [1988].
- Eltit, Diamela. *Sumar*, Cáceres: Periférica, 2019.
- Fassin, Didier. *Por una repolitización del mundo. Las vidas descartables como desafío del siglo XXI*, Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2018.
- Ferreira, Rocío. «Cuentos del post-conflicto peruano: entre el dolor y la esperanza en *Al fin de la batalla. Después del conflicto, la violencia y el terror*», *América sin nombre*, 22, 2017: 17–24.
- Gutiérrez, Miguel. «Prólogo», en *Tierra de Caléndula*, Gregorio Martínez, Lima: Editorial Milla Batres, 1975: 11–24.
- Han, Byung-Chul. *La expulsión de lo distinto. Percepción y comunicación en la sociedad actual*, Barcelona: Herder 2020 [2016].
- Kohut, Karl. «Introducción», en *Literatura peruana hoy. Crisis y creación*, Karl Kohut, José Morales Saravia y Sonia V. Rose (eds.), Frankfurt: Vervuert, 1989: 11–20.
- INEI Instituto nacional de Estadística e Informática/Fondo de población de las Naciones Unidas: *Estado de la población peruana 2020*. En línea: https://www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib1743/Libro.pdf
- Montes, Alicia y María Cristina Morales. «Prólogo», en *Cuerpo y violencia. De la inermidad a la heterotopía*, Alicia Montes y María Cristina Morales (eds.), Buenos Aires: Editorial Argus-a, 2020: i–xi.
- Morales Saravia, José. «Cromwell Jara y la nueva novela de la ciudad», en *Literatura peruana hoy. Crisis y creación*, Karl Kohut, José Morales Saravia y Sonia V. Rose (eds.), Frankfurt: Vervuert, 1989: 120–134.

- Niño de Guzmán, Guillermo. «Ficción y crisis: una mirada a la narrativa peruana contemporánea», en *Literatura peruana hoy. Crisis y creación*, Karl Kohut, José Morales Saravia y Sonia V. Rose (eds.), Frankfurt: Vervuert, 1989: 39–46.
- Noguerol Jiménez, Francisca. «Derroteros del cuento latinoamericano (2008–2022)». *Cuadernos hispanoamericanos*, mayo de 2022, En línea: <https://cuadernoshispanoamericanos.com/derroteros-del-cuento-latinoamericano-2008-2022/>
- Parra, Richard. *Los niños muertos*, Madrid: Editorial Demipage, 2019.
- Rodríguez Magda, Rosa María. *Transmodernidad*, Barcelona: Anthropos editorial, 2004.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2001.
- Ronsino, Hernán. *Cameron*, Querétaro: Almadía, 2019 [1996].
- Sabato, Ernesto. *La resistencia*, Barcelona: Seix Barral, 2021 [2000].
- Salazar, Carlos Miguel. «No una sino muchas Limas: el circo de la ciudad capital», en *Itinerari nelle città plurali. Scritture ispanoamericane nello spazio urbano*, Stefano Tedeschi, Alessia Melis y Giuseppe Gatti (eds.), Città di Castello: Nuova Prhomos, 2014: 126–142.
- Sennett, Richard. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid: Alianza editorial, 2008 [1997].
- Soto de, Hernando. *El otro sendero*, Bogotá: Instituto Libertad y democracia, 1987.